

sido anulada para hacer de él una figura que completa el espectro social. Un número concordante en las estadísticas. Y todo es tan sofisticado que uno no se entera de la manipulación. Vive y cree vivir según su criterio.

El sujeto que habla en el texto sufre porque sabe que no es nadie, pero que ha sabido alejarse de aquello que lo involucre en las estadísticas de los lugares comunes. Desea ser alguien, uno con nombre y apellido irrepensible e intransferible.

Ya que su solo actuar no le permitiría cambiar en nada lo circundante opta por el autoexilio. Su única salida para mantener su legitimidad humana: escribir y dejar constancia su disconformidad con la sociedad de su tiempo y crearse el imaginario que en el pasado estuvo el tiempo de la dicha, el tiempo donde realmente pudo haber sido lo que legítimamente deseó ser.

El presente con sus urgencias económicas impiden que los habitantes de este reino ejecuten los actos que sus deseos quisieran que realicen. Lo social oprime constantemente, sus instituciones se encargan de que nadie tenga tiempo libre para quedarse a solas y reflexionar. Porque un ser solo frente a sí es lo más peligroso que existe. Descubre las múltiples trampas que le han tendido, las múltiples artimañas en las que ha caído y que lejos está lo deseado.

El sujeto que habla en los textos escribe la crónica de la pérdida. Todo lo que nos ha sido dado, todo lo que hemos ganado en justa lid con el tiempo se nos es arrebatado. Y no necesariamente mediante la usurpación directa. El tiempo gasta incesantemente todo aquello que uno tiene por tesoro hasta convertirlo en barajita, palidísimo reflejo de aquello que alguna vez nos deslumbró hasta hacernos creer en la posesión eterna.

Se pierde, el hombre siempre pierde: ideales, proyectos vitales, esperanzas, amor, sueños de una vida plena. Y todos conciente o inconcientemente lo sabemos. Cada quien en propia piel aprende que existir significa aceptar que nada es nuestro de una vez y para siempre. El poeta asume esta función: dejar por escrito tal verdad. Como dice el poeta norteamericano John Berryman: "En un mundo de posesiones... nadie puede volver a comprar... No es cuestión de plata./ Está aprendiendo, bien detrás de sus ojos desesperados./ La epistemología de la pérdida".

Jaime Urco.

Jara, Cronwell y otros: *La fuga de Agamenón Castro y los cuentos ganadores del Premio COPÉ 1985*. Prólogo de Carlos Orellana Quintanilla. Lima, Ediciones, COPÉ, PETROPERU S.A., 1986; 301 pp.

Ganador de varios eventos juveniles, Cronwell Jara Jiménez ha demostrado ser un narrador notable. "La fuga de Agamenón Castro", primer premio en la IV Biental de Cuento COPÉ 1985, consolida hartamente un prestigio individual, pero, ya en un nivel procesal en que se inserta el mismo, incrementa un síntoma: nuestra narrativa última opta por viejos moldes, si ya nos saben a vetustos los gestados alrededor de los años '50, focalizando el interés en la descripción (incluido el andamiaje técnico), en la presentación puramente anecdótica de la historia, desarrollando una trama que en la vía de lo meramente mimético descarta la actuación enriquecedora de otros niveles de la realidad representada. Aclaremos: que tal actuación es enriquecedora en la medida que el radio semántico se amplía. Esta ausencia en la narrativa peruana última es notoria cuando, agotados el neorealismo crítico urbano y el indigenismo arguediano, y aún germinativa la propuesta de una *narrativa popular* del Grupo Narración de los años '70, los caminos visualizables semejan un abanico de posibilidades. Que algunas producciones sean en este sentido distintivas (vgr.: Alonso Cueto, Mario Choy, Oscar Colchado), implica que las excepciones siempre confirman, más que exactamente una regla, cierta dominante.

Suponiendo la representatividad nacional del Premio COPÉ, que ciertamente la posee, habremos de asegurar que la dominante neorealista de la narrativa peruana última *tiende* a tornarse subjetivista. Ahora bien, ¿el sólo tender de lo neorealista a lo subjetivista no constituye la opción tomada por nuestros narradores jóvenes respecto del abanico de opciones?

Sí, cuando implica colateralmente haber ascendido un peldaño digamos cualitativo; no, cuando este subjetivismo se alza sobre lo neorealista en términos cuantitativos. En fin de cuentas, la impronta subjetivista siempre ha existido con un desarrollo evidentemente incipiente. Se trata más bien —por lo menos eso nos parece— de un momento transicional de nuestro proceso narrativo; momento que tiene, por cierto, dos caras de una misma moneda: por una de estas caras la situación concreta del escritor peruano que siente que sus marcos de referencialidad no son los más óptimos (léase,

menos novedosos) que hace tres décadas; por la otra cara, y como consecuencia de lo anterior, el hecho que esta poca optimidad lo hace propender al estrechamiento referencial de la historia, a tal punto que prefiere lo estrictamente relacionado con el sujeto (léase, personaje).

Es verdad que el neorrealismo sigue predominando en los cuentos del mismo Jara, de Motta Zamalloa, Andrés Cloud, Rosas Paravicino y Zein Zorrilla, con la variación tal vez que el referente ya no es el urbano, como en los '50, sino rural. Sin embargo, la dominante subjetivista parece imponerse, hospedar las atmósferas de los relatos de Adolph, Oscar Araujo, Dante Bobadilla, Luis Rey de Castro, Roberto Reyes Tarazona (2do. premio compartido), con una nota humorística en Ambrosio Malpartida y más bien evocativos y fraguados a partir de cierto argumento que podría llamarse intrahistórico en los cuentos de Róger Díaz Arrué, César Franco Cortes, Fernando Iwasaki (3er. premio). La vertiente denominada marginal de nuestra narrativa, es decir, la fantástica, cobra cultores con las narraciones de Cuadros Román y Federico de Cárdenas, por ahora con resultados demasiado parcos. Menciones apartes reclaman el cuento de Iván Orbegoso Aponte (el finalista más joven del concurso COPE), que partiendo en una dirección introspectiva desemboca, no obstante, en otra de aguda crítica social, y el imbuido de un objetivismo psicologista como el de Jorge Valenzuela. Los cuentos de Arnaldo Panaifo Teixeira (2do. premio compartido) y Alejandro Estrada Mesinas son los más novedosos: sea con la opción de la conciencia mítica situando una historia y un espacio amazónicos, en el primero; sea con la apertura a la ciencia ficción y a componentes de la cibernética en el tejido argumental de la historia, en el segundo.

Al confrontar en bloque nombres y producciones de este volumen hay la franca impresión de la presencia de nuevos narradores insertos en una narrativa que no es precisamente nueva. Pese a todo, y confiando que el momento semeje realmente un período transicional, remarquemos que en términos globales el panorama es alentador cuando existen autores que están saliendo de inéditos con cuentos bastante logrados. Es el caso de Díaz Arrué que, junto con el de Estrada Mesinas, debió merecer mejor suerte (en todo caso sus cuentos son tan buenos o superiores al cuento del tercer premio). Otros aún tendrán que afinar mejor el sistema lingüístico-estilístico, permeabilizarse a la influencia de procedimientos menos trajinados y desterrar

el sabor de permanencia, de confinamiento procesal, que esta IV Biental nos sugiere.

Paúl Llaque Minguillo

Yauri Montero, Marcos: *Así que pasen los años*, Ediciones Piedra y Nieve, Lima, 1985, 174 pp.

Esta novela de Marcos Yauri Montero (Huarás, 1930) de singular nombre ha sido merecedora del Premio Extraordinario Gaviota Roja, uno de los más importantes galardones para la narrativa actual, con lo que su autor silenciosa pero efectivamente incrementa lauros que contrariamente no lo alejan del anonimato lamentablemente en que cierta crítica oficiosa postra a los escritores de estirpe popular.

Luego de *En otoño, después de mil años* (Premio Casa de las Américas, 1974) y de *La sal amarga de la tierra* (Premio Nacional de Novela, 1968) Yauri Montero nos ofrece otro texto premiado (*María Colán, Mañana volveré y El regreso del paraíso* —su breve gran obra— son sus otros títulos éditos) que debe su nombre a un verso del gran poeta griego Giorgos Seferis.

Así que pasen los años marca una variación interesante en la producción del autor que se aleja del eje temático vigente en su narrativa anterior, que le otorgaba una peculiar característica a su labor creativa, esto es de la problemática estrictamente social del ande peruano inserto en una visión esencialmente mestiza que testimonia relaciones históricas con marcado acento simbólico. En tal sentido la novela que reseñamos ofrece una apertura en el proceso particular del autor y un reto, pues, al haber cimentado sus méritos en una prosa cercana a las raíces realistas y de innegable hondura poética muy vinculada al universo referente que manejaba, la opción de brindar nuevos personajes y conciencias siempre pone en juego la estructura íntima del arsenal lingüístico de todo escritor.

Sin embargo vemos con agrado que Yauri Montero ha sorteado con éxito la prueba al recurrir a un narrador omnisciente y una linealidad temporal que le acerca a la tradición pasada pero que permite, eficientemente, desatar todo un universo de voces, conciencias, enriqueciendo con un fluyente espectro simbólico cada suceder, al intuirse un sordo misterio que es la clave de la realidad, contrariamente a su apariencia. Así descubrimos la validez del uso de un "yo narrador" que libremente discurre